

I

Quisiera deciros: nació en el Carso, en una casucha con el tejado de paja ennegrecida por el humo y las lluvias. Había un perro bronco y pelón, dos ocas con la pchuga enfangada, una azada y una laya, y del montón de estiércol casi sin paja escurrían después de la lluvia canalillos de un jugo pardusco.

Quisiera deciros: nació en Croacia, en el gran bosque de robles. Durante el invierno todo estaba blanco de nieve, de la puerta solo podía abrirse una rendija, y por las noches oía aullar a los lobos. Mamá me arropaba con trapos las manos hinchadas y rojas y yo me precipitaba a la lumbre lloriqueando de frío.

Quisiera deciros: nació en la llanura morava, corría como una liebre por los largos surcos espantando a las cornejas graznadoras. Me tumbaba boca abajo, arrancaba una remolacha y la mordisqueaba, terrosa. Luego vine aquí, traté de aclimatarme, aprendí italiano, escogí a mis amigos entre la juventud más culta, pero he de regresar en seguida a la patria porque aquí estoy muy mal.

Quisiera engañaros, pero no me creeríais. Sois listos, sagaces, en seguida comprenderíais que soy un pobre italiano que pretende barbarizar sus preocupaciones solitarias. Es preferible que me confiese hermano vuestro,

aunque en ciertas ocasiones os contemple ensoñado y lejano y me venza la timidez ante vuestra cultura y vuestros razonamientos. Tengo, quizá, miedo de vosotros. Vuestras objeciones me encierran poco a poco en una jaula mientras os oigo, generoso y contento, y no advierto que estáis paladeando vuestra inteligente maestría. Y entonces me sonrojo y me quedo callado en una esquina de la mesa y pienso en el consuelo de los grandes árboles expuestos al viento. Pienso ansiosamente en el sol sobre los cerros y en la pujante libertad, en mis verdaderos amigos, los que me quieren y me reconocen en un apretón de manos, en una carcajada calma y plena. Ellos son sanos y buenos.

Pienso en mis orígenes lejanos y desconocidos, en mis antepasados, que araban el campo interminable con un destripador de terrones tirado por cuatro caballos rodados, que se doblaban con el mandilón de cuero sobre las calderas del vidrio fundido; pienso en mi abuelo, el emprendedor, que bajó en la época del puerto franco hasta Trieste; y pienso en la casa grande y verdoosa donde nací y donde vive, encallecida por el dolor, nuestra abuela.

Era bonito verla sentada en la amplia terraza que por encima de unas enormes escarpaduras abarcaba las montañas y el mar. Ella, seca y resistente, junto a mi otra abuela, la viejecita veneciana rubicunda y despreocupada, con sus casi ochenta años, a la que todavía se le notaba el fuerte pálpito azulado del pulso subir y bajar en la piel suave como una hoja. Esta me hablaba del asedio de Venecia, del saco de patatas en medio del sótano, de la bomba que destruyó una parte de la casa. Llevaba un pañuelito blanco sobre los

cabellos finos y escasos y era alegre. Cuando venía a comer con nosotros, papá le decía siempre: «Dichosos los ojos que la ven».

Pero entonces ella no me interesaba. Yo salía disparado al campo, a jugar con los árboles.

Teníamos un jardín repleto de árboles. Había un castaño de Indias rojo con dos ramas en forma de horca donde se metía el pie para subir, y luego, como no podía sacarlo, me dejaba ahí el zapato. Desde las copas más altas veía las tejas rojas de nuestra casa, llenas de sol y de pájaros. Había una especie de abeto viejísimo por el que trepaba una glicinia gruesa como una boa, rugosa, estriada, retorcida, que servía de maravilla para las subidas precipitadas cuando jugábamos al escondite. Me escondía con frecuencia en aquel viejo ciprés rebosante de matas y de rincones tupidos, y en primavera, mientras espiaba desde arriba los andares cautos del que iba a desencovar, me entretenía chupeteando los mechones de glicinia que me daban en los ojos, frescos como un racimo de uvas. La flor de la glicinia tiene un sabor agridulce, raro, a hoja de melocotonero y un poco como a éter.

Había también muchos árboles frutales, ciruelos comunes, ciruelos claudios e higueras, sobre todo. Tan pronto como las flores perdían los pétalos y engordaban los pecíolos, yo subía a saborearlos, aunque ni siquiera estaban verdes. ¡Verdes están ricos! La cáscara del hueso está aún tierna, como leche cuajada, y dentro hay un poco de agua clarísima para chupar. Luego, unos días después, cuando mi madre se ha ido de nuevo a casa de la tía, el agua se convierte en una goma gelatinosa y dulce que se sorbe con la punta de

la lengua. Pero ¡qué buena está la carne así de áspera! Primero el diente teme tocarla y la exprime con cautela mientras la lengua la humedece con generosidad y saborea la linfa de las pequeñas picaduras. Después se hinca. Las encías arden, los dientes se aprietan uno contra otro, ásperos y rasposos como piedras, y toda la boca se vuelve abundante agua.

En cambio, cuando viene el verano, para alcanzar los pocos frutos que quedan hay que ser un lirón. Hay que llegar a donde los pájaros no tienen miedo por no estar habituados a encontraros allí. Me engan- chaba con un pie en la bifurcación de las dos ramas más altas y, balanceándome con la mano derecha extendida, procedía con la izquierda, a modo de larva, por la ramita con la punta doblada, conteniendo la respiración hasta alcanzar el punto en el que se plega- ba y poco a poco se acercaba a mi boca. A veces tenía que dejarla libre porque la abuela me gritaba: «¡Niños, os vais a matar en esos árboles!». Entonces me queda- ba en silencio, enrojecía y me deslizaba hasta el suelo de un tirón.

Y había también, junto a la tapia de la calle, un tejo común que yo descortezaba con facilidad en tiras largas para verlo más limpio y más rojizo. En la tercera altura había dos ramas que formaban como un lecho, donde algunas veces me echaba la siesta o contempla- ba, entronado, a la chiquillería de la calle que peleaba por las bayas rojas que yo lanzaba como un señor (no me las comía porque me daban asco). Entonces, en- valentonados, comenzaban a tirar piedras con honda. Yo saltaba como un demonio, corría al portal, daba un tirón de la barra del cerrojo y salía zumbando por las

calles, hasta casi el centro de la ciudad, con una camiseta y unos pantalones cortos de rayas azules y blancas y los largos rizos rubios, vociferando: «¡Dale!, ¡dale!». Y por la noche me dormía tendido en la cama mientras mi madre me quitaba aún los calcetines llenos de mantillo y de grava. Mi buena y querida madre.

¡La chiquillería! Hicieron la guerra a terribles pedradas en Sanza, una antigua fortaleza triestina derruida, junto a nuestro campo. Los oímos gritar, correr, matarse. Eran italianos y negros. Ganaron los italianos. Uno de ellos bajaba con el cuello roto cantando cadenciosamente:

—¡Pero yo he ganado, pero yo he ganado!

Seguí toda la guerra de Abisinia en un mapa enorme que mi padre había clavado en nuestro cuarto. Con el *Piccolo* en la mano, nos explicaba por dónde iban los italianos. Debajo, a caballo y con el rostro negro y la cabeza llena de plumas, se veía a Menelik y al ras Alula¹, y yo les agujereaba la nariz con el alfiler de las banderitas. Estaba muy contento con la victoria de los italianos. Creo que recé por ellos.

Entonces creía en Dios y rezaba todas las noches: «Padre nuestro que estás en los cielos...». Al acabar, apretaba los ojos y me quedaba muy, muy quieto, pensando solo en la persona que deseaba que Dios amase. Aquello era rezar. Rezaba por mi querida Italia, que poseía un gran acorazado, el más poderoso del mundo, llamado *Duilio*. Nuestra patria estaba allí, al otro

¹ Menelik II (1844-1913), emperador de Abisinia que se opuso a la conversión de su país en un protectorado de Italia. Ras Alula (1827-1897), jefe militar abisinio vencedor de las tropas italianas. (*Todas las notas son de la traductora*).

lado del mar. En cambio, a este lado, mamá cerraba los postigos la víspera de la fiesta del emperador porque nosotros no iluminábamos las ventanas y temíamos las pedradas.

Pero Italia vencerá y vendrá a liberarnos. Italia es muy fuerte. No sabéis lo que significaba para mí la palabra *bersagliere*.

Nuestra casa era hermosa y patriarcal. El atrio era como un templo grande, claro y oreado, en torno al cual giraban las escaleras con las balaustradas blancas bordeadas de una reluciente madera de color amarillo oscuro. El sol invernal entraba por los ventanales con la intención de calentar los cactus deshinchados del tío «Sansirolé». Era la casa del abuelo, donde vivían sus muchos hijos y sus muchos nietos.

El domingo y los días de fiesta el abuelo se sentaba a la cabecera de la mesa familiar, al fondo del todo. Tenía un tórax amplio, un rostro ancho e indulgente y una barba blanquísima. Contemplaba satisfecho a sus hijos y a sus nueras. ¡Cuántos parientes queridos se habían sentado a la mesa en la gran sala patronal! Cada cual ocupaba su puesto, y cuando venían otros se añadía un tablero a la mesa y se sacaba un mantel más largo del armario. Porque nuestros parientes eran numerosos y llegaban de Zagreb, de Padua o de América con galletas y juguetes. Alrededor de aquella mesa se sentaban tío Boto, que pintaba cuadros y nos contaba las aventuras de Saturnino Farandola²; y tía Tilde, con sus ojos grandes y dulces, color mar; y Biancoli, una

² Viajero creado por el escritor francés Albert Robida (1848–1926).

primita que siempre estaba con mi hermano mientras yo rabiaba por conocer sus secretos; y el tío «Sansiro-lé», que nos decía siempre con voz destemplada:

—¡Estáis como los perros en misa! ¡Sansiro-lé!

Y yo me reía y mi hermano daba saltos como un poseso, pisando pies; y el tío Guido y el tío Feliciano y la tía Mima y Mario y Bruno, la abuela, la tía Bice, papá, Toci, mamá y la tía Ciuta, lozana y matronal, que tenía una mirada benévola y hacía las cosas fáciles y sencillas cuando las contaba.

Y cuando ya todos habían acabado de comer y tomaban el café, fumando los gruesos puros Virginia, se abría la puerta con un gran esfuerzo y entrabas tú, dentro de tu mandilito blanco con los lazos rosa en los hombros, somnoliento Pipi³. Eras guapo y estabas sano, con los cabellos rubios y las piernotas al aire, la carne joven aún tibia de sueño. Tus ojos curiosos, inquietos o estáticos, miraban contentos el bonito mantel blanco que te esperaba antes de quitar la mesa y los muchos platos que papá había cubierto con otros del revés para conservarte la comida caliente.

Te anudaban una servilleta grande con olor a lavanda, te ponían delante los largos y tiernos granos de arroz en el grasiento caldo de pollo; el muslo y el ala para tus dientes agudos; el lomo blando rociado de salsa de alcaparras; las cerezas rojas y carnosas, en ramilletes, que te colgabas de las orejas encantado con su frescor; el pedazote de tarta, el más grande de todos, que el abuelo cortaba aposta para ti. Y tú calladito, metódico, grave, lo engullías todo sin preguntar qué era. Porque

³ El propio Scipio.

todo te gustaba y todo bastaba a duras penas para una carrera por el jardín. Eras sano y estabas fuerte. Tus compañeros te hicieron en seguida jefe, porque los ganabas a correr, a pelear y a tirar piedras. Eras bueno y todos te querían.

¡Steno, Gippetto, Toci, Oidecani, Eugenio, Vincenzo, Scarpa, Pipi! ¡Epa, al agua, al agua! Hoy luchamos por el honor del club «¡Dale!». Salpica el mar a oleadas cuando el «¡Dale!» se tira de cabeza desde los pilotes. El barrigudo con el sombrero de paja descolorida, que antes de tirarse al agua se moja higiénicamente la frente y el ombligo, huye despavorido de nuestra zambullida. Huyen todos los pacíficos bañistas de la plataforma, de la cuerda, del trampolín, porque nadie sabe dónde ha decidido domiciliarse hoy el «¡Dale!». Nadie sabe qué novedades trae hoy el «¡Dale!» mientras se zambulle riendo desde los pilotes.

El mar salpica de alegría y hace espuma, porque al mar no le gusta el navegar lento y asmático de los viejos, las manotadas y los jadeos de los inexpertos. Al mar le gusta que lo corten, lo batan, lo destrocen unas piernas musculosas y unos brazos bronceados; le gusta la serena inquietud de los jóvenes, que lo penetra en todos los sentidos riéndolo, bebiéndolo, expulsándolo por la boca a chorros largos; le gustan los ojos frescos y abiertos que corren entre las profundidades y las algas.

¡Adelante delfines! Hoy se lucha por el honor del «¡Dale!», porque el domingo pasado, el «¡Dale!», zambulléndose al completo en una fila ordenada desde los pilotes, salpicó alegremente los cuerpos desnudos de

los condes y de los señores alemanes que, molestos, no lo dejaron pasar de la esquina de los pilotes. Protestaron en tierra y el director amenazó con impedir el baño al «¡Dale!». Hoy es día de venganza.

Las olas se hinchan desde Salvore para hacer más turbulenta la batalla. Los señores alemanes están en el agua y nadan riendo, irónicos con esos mostachos. ¡Jajá! Uno lleva una redecilla en el labio superior para mantener en su sitio el mostacho de punta. ¡Dale!

—¡En semicírculo! ¡Salpicadura lenta y apretada! ¡Apuntad a los ojos! ¡Avanzad en orden, encerrando!—. Y respondíamos a nuestro jefe: ¡Dale!

¡Estas son las salpicaduras de los alemanes! Flojas y planas como las protuberancias de las medusas. Las del «¡Dale!», en cambio, van derechas y elásticas como un tiro de honda. ¡Áspera salobridad en las pupilas rubias de los alemanes!

—¡Alerta! ¡Rodead! —Porque el enemigo se revuelve, se tira encima de nuestros adelantados y los hunde. ¡Dale!, ¡Dale!

Abajo. Noto en el cuello los arañazos rabiosos del hirsuto alemán y el agua que se rompe bajo mi cuerpo. Toco fondo. Dos piernas me mantienen clavado. El mar se agita. Me ovillo, agarro una pierna y ¡abajo contigo, cerdo!

—¡Viva el «Dale»! ¡Vamos!

Abajo. Arriba. ¡Dale, dale!

—¡Mar adentro! —Steno desaparece después de gritar la orden. Nosotros sabemos por qué. De pronto, uno tras otro, los alemanes se precipitan velozmente al fondo, arrastrados por algún pulpo monstruoso.

—¡Es Steno! ¡Viva Steno! ¡Dale!

Ahora los masacramos. Metros de agua se vierten sobre las bocas jadeantes. Los ojos rubios ya no ven nada. Se dan la vuelta y huyen. Comienza el golpe de la retirada. Steno lo ha inventado, porque el «¡Dale!» no puede dar cuartel antes de la orilla.

¡Frió, calmado, metódico golpe de retirada! Los alemanes huyen, pero uno a uno nos situamos a sus espaldas y, acelerando en el agua con los pies, caemos sobre sus cabezas a grandes brazadas. El agua afilada rompe en los oídos, en los ojos, en la boca, en la nariz. El alemán respira y ¡plaf! en la boca abierta, ¡plaf! en los ojos escocidos, en los oídos sordos. Plaf. ¡Viva el «Dale!»!

¿Quién se resistía al «Dale», amigos de entonces? ¿Quién como Toci era capaz de aguantar debajo del agua cuando el barbudo Calligaricicich intentaba ahogarlo con diez, veinte aguadillas seguidas? Él le respiraba en la cara, «cjh, cjh, cjh» y volvía a desaparecer. ¿Quién sabía dar una salpicadura más afilada que la de Vincenzo? La media luna de mar que saltaba de sus manos en cuña invertida era como el resuello de un monstruo marino. Steno nadaba hasta un minuto bajo el agua y Pipi parecía un pequeño escualo predador.

Y si uno de nosotros desfallecía en la lucha, tenía que pasar durante siete días por el fuego graneado de los compañeros, porque el «¡Dale!» era una sociedad de leyes severas y nadie se atrevía a desobedecer a nuestro jefe.

Ahora Steno, nuestro jefe, ha muerto. Era profesor y se mató, neurasténico.

Yo contaba bonitos cuentos a los primos pequeños que escuchaban acurrucados alrededor de mí en la veranda umbría que daba al mar. Abajo, el mar

guardaba silencio, escuchando. La casa próxima a él, donde habitó Giuseppe Tartini⁴, tenía todos los postigos cerrados y dormía, blanca de sol, con los tíos y los otros veraneantes. Reinaba el silencio en los grandes dormitorios matrimoniales sostenidos por enormes vigas cuadradas.

Era la hora del calor y del descanso. La tierra se ampliaba en la extensión del sol. El cielo estaba cubierto y grave. Ni una vela en el mar. Callaban las avispas y los zumbidos. Caía con estrépito una fruta de la rama. Era el gran silencio tórrido, cuando los ojos de las palomas están cerrados bajo las alas y el buey rumia, corpulento y arrimado a la paja fresca.

A esas horas solo los niños se echan a los prados como una bandada de estorninos otoñales y saquean las higueras y rompen las ramas secas, porque también duerme el dueño, el señor Vatta, el de los ojillos de giboso. Luego, con los bolsillos llenos, se reúnen en la veranda umbría y Scipio cuenta un cuento hermoso, raro, largo.

Un cuento que continúa a diario y que no se acaba nunca. En la cabañita del bosque ha nacido un héroe fuerte como cien leones y astuto como cien zorros, cuyas aventuras hacen abrir los ojos de estupor y reír de alegría al que escucha. Es un muchacho guapo, sereno, bueno. Es lo que todos desean ser.

A las dos o tres horas, la tía Ciuta gritaba que había una carta para mí, y me traía contenta la carta de mi madre. Querida madre mía. Entonces, con el gran calor de agosto, tú estabas preparando las cajas

⁴ Giuseppe Tartini (1692-1770), famoso compositor y violinista.